

Mujeres con zapatillas

*Debiera vivir una madre
lo que uno viviera*

Hay un perro callejero deambulando por las inmediaciones del hospital, ajeno a lo que pasa aquí arriba, quizás atraído por ese olor a comida que cuatro veces al día tortura puntualmente no solo a inquilinos, sino también a acompañantes y residentes en las viviendas aledañas. El animal aparece y desaparece entre las hileras de coches aparcados. No sé cómo he podido percatarme de su existencia desde aquí arriba, una séptima planta, cuyas paredes están repletas de recortables de mariposas de colores de diferentes tamaños, no sé muy bien su objetivo ni su significado. Desde la séptima todo se ve muy pequeño, insignificante, también a las personas, claro, aunque lo suficientemente nítido como para observar ese trasiego de coches que van y vienen impacientes por encontrar aparcamiento. En una sociedad donde impera el estrés y la prisa, no puedo ni imaginar lo que serían capaz de pagar algunos por una plaza de aparcamiento en la zona. En la séptima te entretienes como puedes, aunque los acompañantes de las habitaciones contiguas son personas empáticas y agradables para la conversación, somos personas tocadas en su mayoría por el estigma de la tristeza y del miedo, a causa de un pronóstico de muerte cercana, en cambio preferimos aprovechar los ratitos de paz que los calmantes o los parches dejan en los cuerpos de nuestros familiares para observar el mundo exterior, o leer, o reflexionar o incluso escribir y confesarle a un papel en blanco lo que estamos viviendo. Nunca había gradecido tanto a cierta farmacología su efecto lenitivo y a tantos profesionales su dedicación a hacer más llevadero el último trayecto. Mi abuelo, hombre de campo más que de carne y hueso, tenía por costumbre decir que lo peor de este juego de naipes, a veces macabro, en que se convierte la vida, son las últimas bazas y que lo que suele amargar del pepino es el culo. Así que gracias a todos esos estudiosos que se esforzaron por encontrar un paliativo llamado codeína, o fentanilo, o hidrocodona, o hidromorfona, o metadona, o morfina, etc. A día de hoy no creo en otros milagros que no vengan en forma de pócima, ungüento, parche o fármaco, ni en otro dios que no gaste bata blanca o verde.

Cuántas veces sobre el mostrador he esperado esas cajitas con extraños nombres que

almaceno en mi memoria, cuántas veces la farmacéutica ha mostrado su compasión contenida por la naturaleza de esas recetas con dobles firmas y visado. Escribo mi nombre, mi DNI y mi firma, porque soy yo quien las retira. Pienso en todas las hijas o hermanas o padres, que han llegado hasta el mostrador de una farmacia de cualquier lugar del mundo para comprar la morfina, como quien de contrabando compra poder vivir un poco más con un poco de sufrimiento menos. Cuántas veces me hubiese gustado decir, sí, yo soy su hija, no se merece esto, sólo tiene 52 años y muchas ganas de vivir, así que imposible imaginar el dolor de esas madres o padres que viven esta misma experiencia con sus hijos pequeños o adolescentes o jóvenes. Es injusto, muy injusto, y duele, duele mucho. Pero me he callado y he seguido mirando esas cajitas como quien espera la panacea de la salvación.

Ahora que mamá se ha quedado adormilada voy a bajar a comer algo y no es porque tenga hambre, aquí en la séptima el apetito desaparece, al menos a mí me sucede, eso sumado al nauseabundo olor a cocina de hospital que se te mete en el olfato hasta el punto de asquearme el mero hecho de pensar en comer, pero algo tengo que echarle al estómago, si no quiero pasar de ser acompañante a enfermo. Tomo el ascensor y bajo. El ascensor se detiene en cada planta, muchas de las personas que se van incorporando de las otras plantas muestran otro semblante, no manifiestan ese hierro de tristura que nos marca a los de la séptima, al menos a mí me lo parece. Planta baja. Ya en el comedor observo a ésas, mujeres en su mayoría, que como yo ya saben de qué va esto, esas mujeres con zapatillas, solas en las mesas, esas mujeres que han olvidado sus vidas y pernoctan en el sillón del acompañante, esas mujeres que ves salir sólo para buscar una botella de agua, un refresco un paquete chicles o simplemente para respirar otro aire que las haga sentir vivas. Entro y me siento como una más de esas mujeres, busco la bandeja y pido el menú del día, no soporto otro bocadillo. Ya sé perfectamente la ubicación del pan, de los cubiertos y de todo el menaje, sé qué hay de primero y de segundo, y mientras visualizo el postre, pienso de nuevo en lo injusta que es la vida. La sacarina por la que todo el mundo pregunta, está junto a los cubiertos. Me siento sola, pero no tarda en acercarse Lucía, así se llama, es la señora que ocupa la cama de al lado de mamá. Me pide permiso y se sienta frente a mí. Estamos aquí, solas, una frente a

otra, yo comiendo la paella del desánimo y ella tomando el café de la resignación, esperando posiblemente el mismo trágico final, yo para mi madre y ella para sí misma, por eso seguramente su soledad es más soledad que la mía y su tristeza aún más tristeza que la mía, decir que compartimos el mismo miedo sería errar. Lleva un pañuelo en la cabeza a modo de turbante, su marido, Esteban, se ha marchado apenas hace un rato, y con él se marchó su corazón y la paz que le transmite la mirada de sus ojos oceánicos, en los que ella descansa su miedo y consuela su dolor. Siempre pendiente de todo, él y sus tres hijos, de doce, trece y quince años, vivirán los últimos meses de la vida de su madre sumidos en una extraña soledad, en una rara angustia, en un indescriptible vacío, con días de hospital y vecinos muy amables pero extraños.

Apenas termino el postre, Lucía me invita a un cigarrillo fuera, pero yo deniego el ofrecimiento, en cambio acepto acompañarla y así subimos después juntas a la habitación. Para ella, seguramente fumarse un cigarrillo ahora es un deseo por cumplir, un vicio de terrazas tristes que desea a toda costa a pesar del viento y la lluvia, y a pesar de que Esteban se lo tiene terminantemente prohibido por su enfermedad, pero a estas alturas de la vida qué sentido tiene objetarle nada, cualquier deseo se convierte en una última voluntad.

No la conocía de nada antes de este ingreso, y sin embargo ya siempre la recordaré tomando café mientras yo comía paella, o fumando un cigarrillo, o llamando sin descanso a Esteban, su marido del alma, para pedirle asilo en sus ojos. Recordaré la mirada de Esteban prestándole el cobijo que necesitaba, guiándola con la justa medida y dándole la paz necesaria en este último trayecto. Ella le coge la mano y sin palabras le habla, como se hablan los enamorados, *sabes que será pronto*, y él le responde también en silencio, mientras se la aprieta, como diciéndole *jamás te dejaré ir*. Lamento tener que ser testigo del final de una vida con la que nunca compartí café, ni siquiera un pitillo en una terraza de hospital, ni siquiera sé su dirección ni un teléfono para olvidar entre los muchos de mi agenda. Lucía se fue y me conmueve el silencio que trajo, el miedo que nos trajo, porque la muerte a un metro de nuestra lucha ya es una derrota. Nadie debería morir detrás de una cortina mientras suena el teléfono en la cama de al

lado.

Cuando aquí en la séptima alguien llora de madrugada, a todos nos llega ese cáustico dolor de días contados, de final anunciado y casi inevitable, que se escapa de la habitación e invisible atraviesa las paredes como un virus malicioso que no encuentra frontera que lo detenga ni fármaco que lo derrote. El dolor de la pérdida llega hasta todas las habitaciones que, bajo un efecto dominó, van cerrando sus puertas para evitar que esa pena entre y se encapriche entre las sábanas de mi madre o de su hija o de su hermano o de su mujer... Sé que cualquier día de estos la aflicción de ese cáustico dolor saldrá de esta habitación, mientras otros cerrarán la puerta y sé que no habrá llanto que deje tras de mí un consuelo que ya no haya querido ser consolado. Estar aquí nos enseña que no estamos solos ni somos los únicos, que existen destinos semejantes, y sin embargo estamos más solos que nunca, al menos así nos sentimos.

Mi madre está inquieta, patalea bajo los efectos de una pesadilla que ya mientras viva nunca olvidará. Pronto el dolor le hará regresar para pedirme una solución, un remedio para que deje de golpear su cuerpo y cese el movimiento histérico de sus manos subiendo y bajando como un tiovivo. Ella quizá piensa que somos desconsiderados, que no nos hacemos cargo de su sufrimiento, y suplica no sentir de nuevo ese zumbido de agujones taladrando su espalda, que nosotros intentamos combatir solo con buenas palabras y deseos de mejora: *pronto se pasará, mamá, pronto se pasará.*

Nos han cambiado de habitación después de veintitrés días y sin embargo, todo es idéntico, nada cambia, ni los colchones que amortiguan el sufrimiento, ni las sábanas que encubren las enfermedades, nada, sin embargo parece que una parte de nosotros se ha quedado en la 715, como aguardando otros destinos, también Lucía se quedó allí con toda su juventud a cuestas, con casi toda una vida por vivir. La luz del día, tan ansiada en las interminables madrugadas, como la de hoy, está entrando por la ventana. Mi madre tiene náuseas, así que de un rincón del armario cojo la palangana marcada con el número uno para que expulse todo lo que se pudre dentro de ella. En este mismo armario coloco los pocos útiles que se necesitan en este hostel de paso, que se ha

convertido en antesala de la muerte. Hay que tenerlo todo controlado, braguitas, champú neutro, toallitas, nada de colonia ni olores fuertes, cepillo para el pelo y un espejo de mano donde pueda verse el día que no le apetece o no puede levantarse. *Hay que estar medio decente*, le digo, y ella hace un gesto de menosprecio, como diciendo *decente, para qué*. Nombres nuevos al otro lado de la cortina y, al descorrerla, más de lo mismo, el mismo desasosiego por lo por venir, la incertidumbre del qué sucederá, la sospecha del peor de los desenlaces. Vislumbro en la mirada de los nuevos acompañantes, sus hijos supongo, un miedo semejante al nuestro, al de todos los inquilinos de esta planta marcada con el estigma de la muerte. Mi madre, sentada al filo de la cama, espera paciente el brazo que necesita para andar diez metros sin extraviarse, recuerda a un niño perdido en alguna estación de metro, sin esperanza a ser rescatado. Escribo un mensaje en el móvil: *Hemos cambiado de habitación*. Mi hermano pequeño, a sus diecisiete años, aún alimenta una esperanza que nadie comprende, me mira a los ojos y esquivo su mirada, no quiero que busque en mis ojos un apoyo a esa ilusión irracional que el ansia y el deseo genera, no puedo mentirle. Últimamente la cosa ha empeorado, a veces lloro, no puedo remediarlo, la mayoría de las ocasiones lo hago a escondidas, cuando duerme. Hay que estar preparados para lo peor, aunque a veces considero que ya casi sería lo mejor, pero por otro lado pienso, *cada día que pasemos junto a ella será una victoria, aunque quién puede considerar la muerte de una madre una derrota*.

A veces grita, *estoy mala, muy mala, no lo entendéis*, y nosotros claro que la entendemos, pero nos sentimos impotentes, qué podemos hacer sino sufrir con ella su dolor, que es también el nuestro. En ocasiones se muestra reacia al aseo, prefiere el orín y las heces esparcidas entre sus muslos y sus piernas, enfangando ese cuerpo que dejó olvidado después de cuatro partos, es su particular forma de manifestarnos su rabia y su enojo. Otras veces, en cambio, no dice nada, no se queja, todo le parece bien, son amables nuestras manos a su cuerpo como es amable el dolor que la ronda en esos momentos. Piensa, pero no dice nada. Yo también callo, estoy a su lado, en silencio.

A veces, en verdad, es que ya no sé qué contarle. Le refiero los wasaps de familiares

que mandan besos y abrazos o preguntan por ella, repaso mi agenda por si hubiera alguna anécdota que pueda referirle, le pregunto quién llegó y se fue en mi ausencia, quién vino y le trajo esta tarde esos pastelitos que no podrá comer. Estoy triste porque no sé qué contarle para que vuelva a ser la mujer que ya empiezo a recordar que fue. Ayer, como milagro, salió de su letargo durante unas horas. Dicen que eso sucede cuando llega la despedida y tenían razón. Ayer me pidió, sin esperarlo, dos besos y hoy, con ellos, me doy por amada el resto de mi vida...

Hoy regresamos a casa, está fría y empiezo a odiar sus paredes, su olor, el color pálido de donde cuelgan unos cuadros que hace tiempo debimos cambiar, empiezo a odiar el timbre que no para de sonar anunciando unas visitas que nos manifiestan sus condolencias, unas más sentidas y sinceras que otras, empiezo a odiar los lugares que ya nunca serán los mismos sin ella. La almohada ha quedado sembrada de su pelo que no había hecho sino empezar a renacer, el pañuelo y la peluca sobre la descalzadora. La pena levita en el ambiente, se masca, se corta. Recuerdo su voz reverberando sobre las paredes, recuerdo su complicidad en nuestros juegos de niños y muchas ilusiones cumplidas. Recuerdo sus piernas galopando como caballos para mi cuerpo menudo que hacía de jinete, o sus manos sobre mis muslos pequeños. Recuerdo sus dedos finos y el olor a ajo de sus manos cuando me acariciaba el rostro y yo le refunfuñaba. Recuerdo esas cosas que no olvida una niña después de crecer. Pero también recuerdo otras cosas, los días de hospital, el silencio que la embargó hasta que no pudo más. No hace mucho habíamos celebrado su cincuenta y dos cumpleaños, estaba triste, brinda con tristeza, quizá presagiando que sería el último, todos sostenemos las copas tragando un silencio redondo que nos anuda la garganta y nos asfixia de desencanto.

Silencio y amor es lo que ha dejado impregnado en las habitaciones de esta casa. Silencio y amor, a veces más silencio, a veces más amor. Pastillas, más pastillas, y otras pendientes de retirar de la farmacia. Silencio y amor, entrar y salir, ver si respira, ver si habla, ver si sueña, ver si duerme, ver si vive...

Hoy, después de su partida, puedo decir que una madre puede desfallecer, pero nunca rendirse, el amor por sus hijos es su modo de resiliencia, puedo decir también que en esta lucha no hay vencedores ni vencidos, la muerte de una madre no es derrota, es más, me atrevería a decir que es victoria, así lo considero y expreso en un poema que fui escribiendo en esos tiempos muertos o ratitos de paz que tenía en el hospital, cuando los calmantes surtían su efecto y nos dejaban descansar. Hoy, cada palabra de este poema es un latido que la trae de nuevo a la vida, y es que hoy, después de su partida, puedo decir con toda la certeza del mundo que una madre nunca muere:

*En mi memoria siempre tendrás
un lugar donde hospedarte*

*'Para el poeta la muerte es la victoria'
escribió Luis Cernuda,
pero quién podría afirmar
que la muerte es la victoria,
por muy gran poeta que sea.*

*Sin embargo,
quien ha visto morir a su madre
entiende que no es derrota lo sucedido.*

*Una madre nunca muere,
ni es vencida por nada ni por nadie.*

*Una madre se queda
entre los besos tibios que gritan
que te quiere más que a su propia vida.*

*Una madre se queda
entre las caricias que te dicen
que siempre lo serás todo para ella.*

*Una madre se queda en la mirada serena
con la que se despide de ti,
porque ella sabe que se va y que tú te quedas,
pero jamás osará pedirte un trozo de tu vida,
ella la dio toda por ti, ella te la dio toda,
para ti y para siempre, ése es su gran triunfo.*

*Su muerte es el final de la batalla,
pero amar es saber que ese preciso día*

XLVIII Certamen de NARRATIVA de Bargas 2026 (Modalidad General)

se hace eterno lo efímero.

*Así que levanto la copa y brindo
porque ella me dio la vida,
ése es su gran grito de victoria.*

*El hueco de tu ausencia
no lo podrá ocupar nadie
porque está lleno de tu vacío*